

**DOCUMENTO:
LA IGLESIA Y LOS ABORIGENES
EN EL BICENTENARIO***

**Carta pastoral de la Conferencia
Episcopal Australiana (Sydney, 25-1-88)**

*El 26 de enero se abrió oficialmente en Sydney el bicentenario de Australia, unas fiestas en las que se ha negado a participar la mayoría de los aborígenes, que representan aproximadamente el 1 por ciento de la población y que se consideran injustamente desposeídos de su tierra, como resultado del establecimiento de la población blanca. Con ocasión de su viaje a Australia, en el año 1987, el Papa Juan Pablo II alentó vivamente a apoyar los derechos a la tierra y a la cultura de esta población "obligada a vivir como exiliados en un país extranjero" (Discurso de Juan Pablo II en Alice Springs, DC (DC = **La Documentation Catholique.**) 1987, n. 1.932, pág. 63). Reproducimos a continuación la carta publicada el 25 de enero con motivo del bicentenario.*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Este año bicentenario de 1988 nos ofrece la ocasión de celebrar las realizaciones auténticas del pueblo de esta tierra desde la llegada de la Primera Flota.¹

* **Estudios Sociales** reproduce el siguiente documento aparecido en la revista española *Ecclesia* Nro. 2, 377 del 25 de junio de 1988, 33-34.

Es de estos primeros tiempos de prueba y de lucha para asegurarse una plaza entre las naciones del mundo de donde surgió Australia, como una tierra de libertad en la que los emigrantes y refugiados han encontrado una patria segura.

Debemos reconocer, sin embargo, que los habitantes originarios del país consideran de forma muy diferente estos doscientos años de historia. Si algunas comunidades han conseguido preservar sus formas de vida tradicionales, para otras fueron años amargos, marcados por la desposesión de sus tierras y la fragmentación de sus comunidades tribales.

Esta carta está fechada el 25 de enero de 1988. El 25 de enero de 1788 fue el último día en que los aborígenes vivieron sobre su tierra, ocupándola sin problema alguno. Al día siguiente, el 26 de enero, la historia de este país basculó dramáticamente con el primer asentamiento británico en Sydney Cove.

La dislocación de la sociedad aborígen que se siguió condujo a la desaparición de la vida cultural y religiosa. Este hecho se traduce hoy día en el nivel elevado de mortalidad infantil, los difíciles problemas de sanidad, el desempleo generalizado, la educación inadaptada, el hábitat pobre, la tasa elevada de detenciones y, finalmente, un encadenamiento de pobreza agobiante para el espíritu humano.

Nos apresuramos a decir que numerosas personas, en la comunidad, han reconocido la gravedad de la situación y buscado seriamente soluciones. Mucho han hecho ya los gobiernos, los grupos aborígenes y los hombres de buena voluntad, pero queda por hacer un enorme trabajo. No hay lugar aquí para la complacencia.

Por nuestra condición de pueblo cristiano comprometido en la edificación del Reino de Dios, somos estimulados por el mismo Cristo a encontrar soluciones justas y duraderas.

En el año 1967, un referéndum nacional reconoció legalmente los derechos y libertades de los ciudadanos aborígenes. Desgraciadamente, ellos se disponen todavía a encontrar hoy una acogida en muchas de nuestras villas y ciudades, en nuestros clubs y asociaciones, e incluso en algunas de nuestras iglesias.

Contribución de los aborígenes

A lo largo de estos doscientos años, un espíritu propio y una cultura específicamente australianos se han desarrollado y han definido poco a

poco nuestra forma de vida. Sin duda alguna, los aborígenes han contribuido a este logro, especialmente aportando su arte, su cultura y el amor por su tierra. Su presencia, diseminada por todo el país, es recordada por la toponimia y los nombres de las ciudades que forman parte de nuestra identidad verdadera. Asistimos en este momento a una explosión artística de poesía, de teatro, de arte y de música aborígenes. Es ya una parte de nuestra herencia nacional.

El trabajo de la Iglesia

Desde los comienzos de la Iglesia en Australia, los misioneros han pretendido fraternizar con el pueblo aborigen y amarlo. Reconocemos con gratitud su inmensa generosidad y fidelidad. Han intentado proclamar el mensaje y la presencia de Cristo en medio del pueblo aborigen y han dado la prueba de su amor en las numerosas escuelas, hospitales e iglesias que han construido, en los puestos de misiones que han facilitado un asilo y creado la esperanza para el futuro. No existe duda de que los misioneros han preservado a muchas tribus de la completa desaparición al realizar el trabajo pastoral.

Hombres y mujeres continúan ofreciéndose a sí mismos en nombre de Cristo y de la Iglesia para ayudar a dar su justa plaza al pueblo aborigen en la sociedad australiana. Los bendicimos por el amor que los impulsa y por su negativa a tolerar los abusos contra la dignidad del hombre.

Reconciliación

Lo que ha hecho durante el pasado no tiene posibilidad alguna de ser cambiado, pero no está sin remedio. Lo que pedimos ahora es un corazón nuevo que pueda admitir las injusticias del pasado mirando plenamente con esperanza hacia el futuro, un corazón nuevo que busque la reconciliación individual y nacional.

La Iglesia puede contribuir en gran medida al proceso de reconciliación porque atrae al hombre hacia una unidad que está más allá de las diferencias de clase o de raza.

Esta es la razón por la que el Papa nos ha hablado con tanta audacia hace exactamente un año, al dirigirse a los aborígenes, en Alice Springs:

Sois una parte de Australia y Australia es una parte de vosotros. Y la Iglesia en Australia no puede ser plenamente la Iglesia que quiere Jesús hasta que vosotros no hayáis prestado vuestra propia contribución a su vida y hasta que vuestra contribución no haya sido gozosamente recibida por los demás.²

Llamamiento a la acción

Durante este año de celebración, pedimos a los gobiernos federal, estatal y local, que presten una atención diligente al pueblo aborígen con miras a resolver su grave situación. Les pedimos especialmente:

1. Que animen a los aborígenes a administrarse por sí mismos y a conseguir su independencia.
2. Que incluyan a los aborígenes en todas las decisiones que les afecten.
3. Que reduzcan los altos niveles de encarcelamiento entre el pueblo aborígen.
4. Que reconozcan de forma concreta que en el momento del asentamiento en Australia, ésta no era una "terra nullius", es decir, una tierra de nadie. Por lo tanto, lo que Juan Pablo II ha dicho en Alice Springs, "reclamar el reconocimiento de los derechos a la tierra de las personas que jamás han renunciado a estos derechos, no es discriminatorio".³

No pensamos que la acción del gobierno solamente pueda aportar una verdadera reconciliación. Esto concierne a todo individuo, a toda parroquia, a toda escuela y a toda comunidad eclesial.

Invitamos a todos los hombres de buena voluntad, aborígenes y no aborígenes, a que vayan unos hacia otros en un espíritu de amor y de respeto mutuo. En particular, a vosotros, nuestro pueblo católico, os pedimos que seáis los primeros en buscar esta reconciliación, esta unidad en Cristo que reconocen pero que también trasciende todas las diferencias de cultura, de condición o de raza.

Nos comprometemos, en tanto que Iglesia, a invitar a los espíritus y a los corazones del pueblo de Australia a que realicen la justicia y la armonía y a apoyar la dignidad del pueblo aborígen, cuyos antepasados se establecieron aquí millares de años antes de que Abraham partiera hacia la tierra de Canaan.

NOTAS

1. El 26 de enero de 1788, el capitán Arthur Phillips condujo a Port Jackson el primer convoy de presidiarios, fundando la colonia de Nueva Gales del Sur, que se convirtió en una reserva penitenciaria -alrededor de 160.000 deportados- hasta el año 1840. Entre ellos,

300 condenados políticos irlandeses, que "fundaron" una Iglesia católica, pobre y al margen de la sociedad. Ella es hoy día la más numerosa, con el 26% de la población (los anglicanos no constituyen más que el 23.3%), y no está esencialmente constituida por blancos originarios de las Islas Británicas. Llegan numerosos católicos del Vietnam, de las Filipinas, del Líbano y de la diáspora china.

2. DC. 1987, n. 1.932, pág. 63.
3. Ibid., pág. 62.